

# REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Publicada por la Sociedad Chilena  
de Historia y Geografía



DIRECTOR  
RICARDO DONOSO

S  
983.005  
REV  
vol. 115  
1950

AAA6517

1133i

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA UNIVERSITARIA  
ESTADO 63  
1950

decoraciones, no teñido, que se afirma sobre el asiento de la montura con una cincha anchá multicolor. Se cabalga muy cómodamente en este llamado «recado», que daña menos al caballo que las sillas inglesas, que se usan solamente en los paseos.

El huaso usa además el lazo, según se llama, que generalmente está colgado, enrollado, sobre el pomo del arzón. Consiste en una larga correa coherente, cortada de un cuero de vaca rudo y después retorcido en una cuerda redonda. Uno de sus extremos está atado a la cincha, el otro está provisto de un nudo corredizo. Se acostumbra llevar las riendas en la mano derecha del jinete, pero cuando quiere usar el lazo, las deja caer, recoge la correa enrollada con la mano izquierda, toma ésta en la mano derecha, le da tantas vueltas como encuentre necesarias, y lo blande rápidamente sobre la cabeza para echarle vuelo al lazo, que después lanza sobre su víctima en línea recta con una velocidad y precisión asombrosa. He visto a estos jinetes hábiles perseguir a un caballo u otro animal, en plena carrera, y al mismo tiempo lanzar su lazo alrededor del cuello o del pie del animal, según su cálculo, y a una distancia increíble (7).

(7) El año 1827 fué testigo ocular de una ocasión en que un huaso dió una prueba extraordinaria de su habilidad con el lazo. Un barco, *Arethusa*, de Nápoles, encalló durante una tormenta fuerte del oeste en las rocas de la costa de Valparaíso, a una distancia de alrededor de 10 leguas del camino entre el puerto y el Almendral. La tripulación se podría haber salvado mientras que el barco aun resistía; pero el capitán no se figuraba tan grande el peligro y mantenía la tripulación a bordo, para cuidar el barco y la carga. Sin embargo, la base del barco se soltó a los golpes; los mástiles se cayeron al agua y lo flotante de la carga, que consistía de mercancías en fardos, cubrió toda la superficie del agua entre el buque destrozado y la tierra. El piloto, con ocho marineros, que sabían nadar, se echaron entonces al agua del lado de barlovento y fueron felizmente conducidos por las olas a la costa peñascosa hacia el final de la bahía, que consiste de terreno arenoso, y ahí fueron todos rescatados. El Capitán, su hijo y siete de la tripulación estaban todavía a bordo; pero como el barco fuera amenazado de ser devorado por las olas inmensas, se tiraron cuatro marineros al agua, al sotavento del casco y fueron inmediatamente destrozados entre los fragmentos del barco y la carga. Toda la costa estaba llena de gente que quería ayudar a los infelices que todavía quedaban a bordo; pero no había ningún modo de salvarlos. Trataban de tirar cuerdas con piedras amarradas a

Los caballos se amaestran con este fin y siguen a menudo sin riendas los movimientos del jinete. Cuando—como casi siempre ocurre—se acierta con el lazo, el jinete estira las riendas; entonces el caballo se detiene al instante y le da el lado al animal preso, e inclina el cuerpo hacia el lado opuesto. Cuando la correa está en tensión, el caballo tiene en esta posición una fuerza tan superior, que el animal enlazado siempre se detiene al sufrir el choque, y a menudo cae al suelo. Los caballos en Valparaíso y en las cercanías son— a causa de la falta de potreros espaciosos—inferiores a aquellos del interior del país y de las provincias del sur.

#### CAPÍTULO IV

##### *El comercio*

Valparaíso es el centro comercial del país, y durante los siete años que permanecí en Chile su opulencia aumentó considerablemente. En 1821 el número de habitantes ascendía a 12.000, pero en 1828 llegó a 20.000, y los barcos anclados en el puerto sumaban en total unos 50. La mayoría de éstos eran extranjeros, aunque muchos llevaban la bandera chilena. La necesidad de mercancías extranjeras en la capital, Santiago de Chile, y en

bordo pero la tormenta contraria lo impedía; por fin se logró, cargando un cañón levemente—con un ovillo como emplazamiento—y disparando el tiro sobre el casco tiraron una cuerda fina a bordo; pero los hombres estaban paralizados por el terror y el frío, y no les ocurrió atar una marama o un cable a la cuerda con lo cual hubieran podido alcanzar tierra y perecieron todos ante nuestros ojos, dejándonos la impresión dolorosa y terrible de su angustia. Un marinero inglés valiente, nadador fuerte, se había entre tanto tirado al agua a alguna distancia del barco naufragado, y había hecho un esfuerzo extremo para cruzar las marejadas en dirección oblicua y se abrió paso al costado de barlovento del buque, en la esperanza de poder nadar a tierra con algunos de los naufragos; pero a cada intento renovado era rechazado por las olas furiosas, hasta que se hundió por fin agotado por el trabajo, reapareció dos veces, pero quedó después largo rato invisible, y se dió por perdido para siempre, cuando otra vez asomó su cabeza sobre la ola; un huaso, con la rapidez de un rayo, lanzó su lazo alrededor del cuello del marinero audaz y lo arrastró felizmente a tierra acompañado del grito de «Viva» estrepitoso de miles de voces.